

La misa del Gallo

No hace falta ser sociólogo para llegar a conclusiones convincentes, sobre las consecuencias derivadas de fenómenos absolutamente naturales cuyas consecuencias vivimos. Y aunque se conozcan las causas, cuesta convencerse de que todo acaecía hace unos pocos lustros y se ha desvanecido, ha caído en el olvido más lamentable entre gran parte de la sociedad. La mutación de las costumbres ha sido demasiado brutal.

No se hable de que ciertos olvidos tienen justificación plena, habida cuenta del desarrollo de las sociedades, de las connotaciones sociopolíticas en que se vive, porque eso solamente es una verdad a medias.

Ante la proximidad de festividades tan significativas en el orbe cristiano, sin renunciar a mis propias convicciones, como todo ciudadano libre y sin prejuicios, con criterios de total independencia, tanto política como ética, moral o religiosa y responsable de actos emitidos en pleno juicio, expreso mi opinión y evoco el recuerdo, a estas alturas de mi vida, emotivo y relajante, de aquellas misas del Gallo que se celebraban en mi querido pueblo de Bezas. Un retazo de todo aquel encanto que envolvía la festividad de la Nochebuena y la misa del Gallo, como homenaje al menos a tantas cosas perdidas de nuestra cultura tradicional y popular. Se prestaba la época del año. Inviernos durísimos, en su mayor parte cubiertos de nieve. Se prestaban aquellos mozos, siempre animosos, con ganas de hacer algo para salir de aquel largo tedio, propiciado por días cortos, oscuros y broncos, larguísimas y aburridas noches y se prestaba, sobre todo, mosén Tomás Arce, aquel párroco que primero estuvo en El Campillo y luego recaló en Bezas, más hacia la sierra, como queriendo huir de la cercana capital, y en aquel pueblo encantador, sobre todo en invierno, cual una preciosa Belén, marcó pautas, pese a todo, al irregular pastoreo de la grey, a sus momentos y situaciones de excepción, a sus manías y gustos personales, que propiciaron también momentos para el grato recuerdo.

Ya días antes de la Navidad los mozos eran convocados a su casa, con guitarras, laúdes y bandurrias y entre alguna que otra cena o recena, se ensayaba la albada que se cantaría en el intermedio de la misa del Gallo, misa a la que pocos parroquianos faltaban, a pesar de las durísimas condiciones climatológicas y entonces, con nieves, con hielos y temperaturas bajísimas.

No sé si la albada se cantaba siempre en Bezas o la introdujo don Tomás, creo que sería una costumbre de siempre. Su música y tonadilla eran sencillas, pero emotivas y alegres y la cantaban solo los mozos desde el coro, y la iglesia estaba totalmente llena de unos feligreses expectantes y respetuosos. Luego se pasaba a adorar al Niño Jesús y comenzaba la juerga en la calle.

En la calle se pedían los aguinaldos, de casa en casa, toda la muchachada del pueblo, entre una inmensa alegría y una auténtica batalla con bolas de nieve. Y era curioso, porque los aguinaldos eran cosa que se tenía en la propia casa, nueces, higos, pasas, turrón, castañas, etc., pero que a los chicos hacían una gran ilusión, porque eran aguinaldos de Navidad. Y cuando en una casa eran algo rácanos al dar el aguinaldo, siempre algún chico le espetaba a la dueña, ¡pues que se le muera el cochino, o el burro, o las gallinas! Claro, este era un desafuero inocente, un arrebato sin más intención por la defensa de un derecho de siempre.

Por supuesto que la Nochebuena en Bezas, como en tantos otros pueblos, tenía entonces un encanto y un gran valor social, incluso al margen de lo puramente devocional y a los actos se asistía con total naturalidad, que hace que ahora vuelvan a nosotros recuerdos entrañables y difíciles de explicar.

Todo simple y natural, aunque estaban a la orden del día las imposiciones, porque me estoy refiriendo a épocas dolorosísimas de la vida en España. Odios, miserias, enfrentamientos y venganzas; hambres y necesidades todavía no superadas. Pero gustaba ver como las personas sabían encontrar motivaciones de lo que fuese, sacar a la luz lo más bello de sus sentimientos, convivir juntos y alegres, siquiera fueran unas horas al menos y en muchos actos y momentos en el transcurso del año, aunque con frecuencia al día siguiente cada uno se refugiase en su propia coraza.

Pero al menos, en momentos de alegría y sobre todo en los momentos de tristeza y duelos, los ciudadanos de mi querido pueblo de Bezas, se apretaban como en una piña, sacaban lo mejor que tenían, se daban de verdad la mano.